

FUEGOS ARTIFICIALES

ÓSCAR ESQUIVIAS

La hora feliz: Menoscuarto

Como ustedes seguramente saben, los publicitarios tienen la costumbre de fotografiar los relojes con sus manecillas apuntando a las diez y diez. En esta posición es como mejor se ve la esfera (y la marca del reloj), las agujas no se superponen y aparecen equilibradas, casi dibujando una sonrisa o la señal de la victoria (si bien se mira, este es un signo tenebroso, porque en la batalla del hombre contra las horas ya sabemos quién gana: el reloj ha sido siempre el símbolo de la fugacidad de la vida y por eso los cementerios -el de San José de Burgos, sin ir más lejos- suelen tener uno tallado en su frontis).

El caso es que los rólex que anuncian Plácido Domingo o Roger Federer (por citar dos ejemplos) aparecen en las campañas publicitarias de la empresa suiza señalando las diez y diez, hora que -además de las consideraciones estéticas detalladas arriba- nos parece muy apropiada para vender relojes a los ricos: no es demasiado temprana y, por tanto, no evoca ningún madrugón, sino todo lo contrario, uno se imagina que a esa hora los millonarios se levantan de la cama y desayunan plácidamente en sus soleadas mansiones, ante una mesa llena de periódicos.

Las agujas de la literatura española no señalan las diez y diez sino otra hora no menos feliz y

santes. De todos ellos, me permito apuntarles tres títulos para su carta a los Reyes Magos.

A Melchor le pediría *Llenad la tierra* (2010), de Juan Carlos Márquez, un autor que consigue (aunque parezca imposible) que en sus cuentos se den la mano dos Ramones: Ramón Gómez de la Serna y Raymond Carver. Con el primero comparte su gusto por las situaciones imaginativas y disparatadas, por los juegos verbales, por hacer real lo metafórico (así, en uno de sus relatos, un padre entra en su casa con -literalmente- el corazón en un puño y, privado en adelante de la víscera que simboliza el amor, declara a su familia: «Hijos, a partir de hoy ya no podré quereros más, pero os seguiré tratando bien»); con Carver coincide en la hondura psicológica, en su gusto por recorrer los sótanos del alma y por desnudar ciertos sentimientos casi vergonzantes. El cuento *Belgrado 1976* es una fabulosa muestra de esto.

Al rey Gaspar le encargaría una novela, *El viaje de un nihilista* (2009), de Julio Baquero Cruz. Se trata de un libro amenísimo, escrito con una prosa expresiva, certera y ágil (por algo el autor es también traductor de Stendhal y Balzac y, como ellos, sabe que la literatura casi nunca anida en la retórica). En la novela se describen dos paisajes: el de las ciudades a las que llega en tren el protagonista (Coblenza, Frankfurt, Praga, Estambul, Belgrado, dibujadas todas con puntadas vívidas, como si fueran los bocetos de un gran pintor) y también -y sobre todo- el paisaje interior (afectivo, intelectual, vital) de un personaje cuyo nihilismo no es revolucionario ni subversivo, sino más bien sentimental e incluso existencialista: no parece tanto una creación de Dostoievski como de un Stendhal o un Camus del siglo XXI.

Finalmente, a Baltasar le pediría *Las cosas como eran* (2009), el libro de recuerdos de Esperanza Ortega. Se trata de una obra hermosísima, escrita con delicadeza pero también con vigor, sin caer nunca en la autocomplacencia o el intimismo autobiográfico de ciertas obras autobiográficas. Esperanza Ortega organiza sus recuerdos con instinto de novelista y consigue con ellos un verdadero monumento literario, algo que va más allá de unas simples memorias y se vincula con obras de gran aliento como *Léxico familiar* de Natalia Ginzburg o *La lección de anatomía* de Marta Sanz.

Quizá, querido lector, no tengamos dinero para comprarnos un rólex (ni falta que nos hace), pero ¿quién podrá negarnos el placer de leer estos tres libros?



En la editorial palentina Menoscuarto publican escritores de lujo como Julio Ramón Ribeyro, José María Merino, Juan Pedro Aparicio, Miguel Delibes, Mark Twain o Andrés Ibáñez»

placentera: Menoscuarto (así, todo seguido, sin referencia a ninguna hora concreta). Me refiero, por supuesto, a la editorial palentina Menoscuarto, donde publican escritores de lujo como Julio Ramón Ribeyro, José María Merino, Juan Pedro Aparicio, Miguel Delibes, Mark Twain o Andrés Ibáñez, por citar algunos de mis favoritos. El amor a la literatura breve sugirió el nombre de la editorial: algo menos de un cuarto de hora es lo que se tarda, aproximadamente, en leer un cuento. La mejor demostración de este amor por los relatos es su catálogo, que yo les recomiendo íntegramente, porque hasta ahora han tenido la rara costumbre de publicar sólo libros intere-

